JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios
Jornada mundial de la Paz
Domingo 1 de enero de 1995

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. En el primer día del año 1995 expreso a cada uno un deseo de feliz año nuevo. Que sea un año verdaderamente sereno y alegre para todos.

«El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (*Nm* 6, 26). Con estas palabras de la sagrada Escritura, amadísimos hermanos y hermanas, quiero formularos mis más cordiales deseos de felicidad para el año que acabamos de comenzar, pidiendo a Dios el don de la paz para las familias, para las naciones y para la humanidad entera.

Que el Señor nos conceda *su* paz. Esta es nuestra constante invocación, que hemos de apoyar con gestos e iniciativas concretas. ¡Cuántas ocasiones se nos presentan para reflexionar sobre la urgencia de construir la paz! El año 1995, por ejemplo, nos trae a la mente el fin de los tristes acontecimientos de la segunda guerra mundial. También han pasado cincuenta años desde la inmensa tragedia de Hiroshima y Nagasaki, que ha marcado profundamente la conciencia de los hombres de nuestro tiempo.

Al recordar esos acontecimientos y al mirar a las regiones del mundo donde, por desgracia, se sigue combatiendo, ¿cómo no desear que el nuevo año traiga, por fin, a todos los rincones de la tierra la paz tan anhelada? Éste es nuestro ardiente deseo; un deseo que queremos confirmar con nuestra incesante oración, dirigida al Niño recostado en el pesebre. «Príncipe de la paz» (*Is* 9, 5), que viniste al mundo para traer a los hombres la reconciliación y la auténtica paz, danos la

paz; haznos a todos constructores de paz.

2. Prosiguiendo la reflexión que comencé en el mensaje del año pasado, *Año de la familia*, he enviado a todos los jefes de Estado, para este día, un mensaje, que tiene por tema: «*La mujer, educadora para la paz*». En él he destacado la contribución significativa que las mujeres pueden prestar para el establecimiento de una paz que influya en todos los aspectos de la vida humana. Me he dirigido a ellas, invitándolas a ser «*educadoras para la paz con todo su ser y en todas sus actuaciones*: que sean testigos, mensajeras, maestras de paz en las relaciones entre las personas y las generaciones, en la familia, en la vida cultural, social y política de las naciones, de modo particular en las situaciones de conflicto y de guerra» (n. 2).

3. Que María las acompañe en esta exigente misión. A ella dirigimos nuestra mirada al principio del nuevo año, que marca *el inicio de la primera etapa de preparación para el gran jubileo del año 2000*. La Iglesia la invoca hoy como Madre de Dios, Madre del Príncipe de la paz.

Inspira, oh María, propósitos de diálogo y de reconciliación en los responsables de las naciones; guía los esfuerzos que hacen los hombres de buena voluntad; ayuda, en especial, a las mujeres en su vocación natural de educadoras para la paz en la familia, en la sociedad y en todo ámbito social.

* * *

Deseo a todos un feliz Año Nuevo con abundantes bendiciones del Señor.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana